

# UN SONETO DE GERARDO DIEGO

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

*Jaime Campmany Díez de Revenga, in memoriam*

*Acudo a Gerardo Diego, el gran poeta del 27, para empezar: «Versos en los anversos y en los reversos de los papeles sueltos y dispersos. Versos para los infieles, para los apóstatas, para los conversos, para los hombres justos y para los inversos». Parece que el poema lo hubiese escrito Gerardo ayer noche.*

JAIME CAMPMANY, "Versos y versos" ABC, 30-9-2004

Gerardo Diego escribió un precioso soneto con referencias directas a Murcia, que no ha pasado inadvertido a diversos lectores y estudiosos. Recientemente, Ismael Galiana, en su libro *Murcia imaginada*<sup>1</sup>, en el que comparecen personajes de nuestra historia reciente y remota, parajes, calles y rincones, estampas de una Murcia de ayer revividas con la pasión del urbanita impenitente, ha recordado la estancia en Murcia de dos poetas del 27, Jorge Guillén y Gerardo Diego, que dedicaron varios poemas a la ciudad de Murcia y a sus calles y monumentos. Don Jorge, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Murcia entre 1926 y 1929, evocaba la ciudad en "Panorama" o en "Calle de la Aurora", poema escrito ya en los años cuarenta en su exilio norteamericano, en Massachussets. Don Gerardo compuso desde la torre de la Catedral un famoso soneto, "Augurio", que figuraría al frente de *El ámbito del lirio*<sup>2</sup>, libro de Francisco Cano Pato. Posteriormente, el poeta lo integraría en su libro *La rama*<sup>3</sup>, publicado en 1961.

<sup>1</sup> Ismael Galiana, *Murcia imaginada*, Diego Marín Librero Editor, Murcia, 2005.

<sup>2</sup> Francisco Cano Pato, *El ámbito del lirio*, Sucesores de Nogués, Murcia, 1943.

<sup>3</sup> Gerardo Diego, *La rama*, La Isla de los Ratones, Santander, 1961.



He aquí el texto del soneto, tal como figura en *Obras completas*<sup>4</sup>:

Escucha, amigo. Bulle la tartana,  
 crujen y verbenean verdes hojas  
 de la morera y tuércense en congojas  
 hilos de plata de una seda anciana.

“Hilarás tu memoria” en la mañana,  
 en la tarde de un día —oh tierras rojas,  
 oh estrellas ya en la noche, oh paradojas  
 de eternidad efímera huertana—.

Aprende, amigo, goza del Segura.  
 sube a la reina torre a distenderte  
 en círculos de lumbré y de verdura.

Que ella vendrá, murcianamente esquiva,  
 en una eternidad cantada y viva,  
 con palabras al filo de la muerte.

En el contexto “imaginario” de su libro, ya que lo que hace Ismael Galiana es escoger de aquí y de allá los textos más felices y permanentes, para mostrarnos la fuerza vital de una ciudad en su historia, esta Murcia imaginada que no deja de sorprender en cada página de este bello libro, ilustrado con generosidad y, lo que es más importante, con ingenio, ya que cada una de las imágenes cuadra muy bien con las historias y los personajes de este relato inmenso y común. En este contexto sitúa Galiana el soneto, que pone en relación con una de las visitas a Murcia de Gerardo Diego, tal como explica con todo detalle: “El poeta ultraísta y del creacionismo Gerardo Diego se acerca una tarde a ver la Torre. Le han hablado maravillas, como que tiene cinco cuerpos estilísticos diferenciados: renacimiento italiano, renacimiento español, barroco, rococó y neoclásico; las obras del conjunto catedralicio se pagaron en incómodos plazos con los diezmos y limosnas de la seda, duraron doscientos setenta y dos años de nada, ¿qué son comparados con la eternidad? ; se puede subir en carroza de seis caballos con mucha comodidad hasta las campanas, según ha leído él en un viejo recorte del *Diario de París*, entre una veintena de ellas *Mora, Santa María y Trinidad*, fundida ésta por Pedro de Agüera *El Mudo*, y por último y no menos curioso que en sus dieciocho rampas y planta de conjuros se acogían a sagrado, en uso del derecho de asilo reconocido y aceptado por la Iglesia, a quienes hubieran cometido determinados delitos y huían de la justicia ordinaria, por ejemplo al que mata con traición o con asechanza, aunque no al público ladrón, al robador destructor de mieses y que lo hagan de noche. El vate y catedrático de instituto está flanqueado en su visita a la Torre por las jóvenes promesas poéticas y periodísticas de la localidad Salvador Jiménez, del barrio de Carmen, y Jaime Campmany, de la calle Algezares. Gerardo parece sacado de un figurín de la época,

<sup>4</sup> Gerardo Diego, *Obras completas. Poesía*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Aguilar, Madrid, 1989, I, p. 978. Y en *Obras completas. Poesía*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Alfaguara, Madrid, 1997, I, p. 978.



tal la pose que adopta, el traje oscuro con chaqueta cruzada, camisa blanca, corbata a rayas, pañuelo a juego en el bolsillo superior y el sombrero que le ha regalado Carlos Ruiz Funes. Salvador viste con algún desgarbo y chaqueta y pantalón lucen más arrugas de las estrictas y estéticamente bellas, y Jaime se aproxima en elegancia al maestro con un conjunto de sport. Jiménez y Campmany le preguntan al autor del soneto al ciprés de Silos si la Torre murciana le inspira, al menos, catorce versos endecasílabos distribuidos y repartidos en dos cuartetos y dos tercetos: *Oh sí, pero denme tiempo, unos minutos, mientras tomamos café y una copita de absentá*. No apura siquiera el plazo que se ha concedido él mismo. Al primer sorbo de la fuerte y literaria bebida alcohólica el soneto le fluye por su boca. Es un profesional, no cabe duda, de la métrica<sup>5</sup>.

Dos son las visitas a Murcia de Gerardo Diego que Ismael Galiana funde en esta entrevista, sin duda "imaginaria" que relata en el párrafo anterior. Sabemos por la precisa y detallada cronología que Elena Diego<sup>6</sup> ha realizado de las actividades de su padre, que en aquellos años cuarenta Gerardo Diego realizó tres visitas a Murcia, además de otra realizada en la Semana Santa de 1926, cuando fue acogido por Juan Guerrero y vio la procesión de Viernes Santo, momento en el que dedicó otro conocido poema al paso de la *Oración* de Salzillo, titulado en principio "El paso de la Oración en el Huerto", un poema escrito con recuerdos de su primera visita, cuando presencié la procesión de Viernes Santo de aquel año, tal como refiere con todo detalle en su radiotexto para *Panorama Poético Español*, de 18 de febrero de 1970, "El paso de la Oración en el Huerto"<sup>7</sup>. El título definitivo del poema será "Nave de Getsemaní (Procesión)", y con él aparecería en el libro de Gerardo Diego titulado *Versos divinos*, en 1971<sup>8</sup>:

¿Qué es lo que allá se aparece  
orzando en la procesión?  
Un olivo que se mece  
y que escora hacia el balcón.  
Cómo fue, nadie lo sabe,  
pero allí viene la nave  
y el árbol de arboladura.  
Vuela entre plata y ceniza  
Ángel o Ángela echadiza  
con el Cáliz de amargura.

¿Quién tan bello lo soñara?  
Cómo se acerca temblando.

<sup>5</sup> Ismael Galiana, *Murcia imaginada*, p. 60-62

<sup>6</sup> Elena Diego, "Cronología", *Gerardo Diego y la poesía española del siglo XX*, Biblioteca Nacional, Madrid, 1996, pp. 91-100. Actualizada en la página web de la Fundación Gerardo Diego, [www.fundaciongerardodiego.com](http://www.fundaciongerardodiego.com)

<sup>7</sup> Gerardo Diego, *Obras completas. Prosa. Memoria de un poeta*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Alfabeta, Madrid, 1997, IV, pp. 602-603.

<sup>8</sup> Gerardo Diego, *Versos divinos*, Fundación Conrado Blanco, Madrid, 1971. En *Obras completas*, vol. II, p. 662.



A la luna de su cara  
ya está el primer sol besando.  
Sangra de espanto la Copa  
y el latido se sincopa  
bajo los morados pliegues.  
Vara la nave un instante,  
un instante alucinante.  
Jesús mío, no te entregues.

Él mira el Cáliz, despierto.  
Duermen Juan, Pedro y Santiago.  
La nave, buscando puerto,  
reanuda el tránsito aciago.  
La Sangre rompe las venas.  
Los claveles lloran penas  
de las más rojas que vi.  
Y palpitando penoles  
allá va, alta de faroles,  
nave de Getsemani.”

Destacamos en este poema el trasfondo real de la procesión murciana de Viernes Santo, tal como el poeta dejó documentado en el radiotexto antes mencionado. Y, desde luego, la estética de la representación está plasmada en el símbolo, procedente de una metáfora formal, del paso como nave, que va abriéndose camino entre el mar de las calles y la gente. El mástil del barco es el olivo y la sensación de movimiento total, ya que el barco parte de Getsemaní, entre claveles rojos –sin duda, el adorno foral del paso– mientras que los tres apóstoles duermen. El centro del poema es, como no podía ser menos, el Ángel, con su indefinición sexual y con su anacronismo que marca la distancia entre la luz nocturna procedente de la luna, en la noche en que la escena sucede, reflejada en la cara del Ángel, y el sol de la luminosa mañana murciana de Viernes Santo, cuando el paso, en la calle, muestra todo su esplendor ante el asombro de los que presencian la procesión.

Y, según la cronología de Elena Diego, tres son las vistas constatables en los años cuarenta: “1944. DICIEMBRE: Lee su “Nueva Cantiga de Santa María de la Arrixaca” en Murcia, durante la conmemoración del centenario de la Conquista por Alfonso X el Sabio<sup>9</sup>. Participan también Ramón Menéndez Pidal y Eduardo Marquina.- 1946. NOVIEMBRE: Viaje de estudios a Murcia, Alicante y Valencia con las alumnas del Instituto Beatriz Galindo.- 1949. 4 DE JUNIO: En Murcia, conferencia en la Asociación Cultural Iberoamericana titulada ‘Las manos en la poesía’ ”.

<sup>9</sup> Sobre esta visita ver Francisco Javier Díez de Revenga, *Páginas de literatura murciana contemporánea*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1997 y Gerardo Diego, *Nueva Cantiga de Santa María de la Arrixaca*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1995,



La visita a la que se refiere Ismael Galiana es la de junio de 1949, de la que se conserva la fotografía que reproducimos. En ella figuran junto a Gerardo Diego, Salvador Jiménez, que en ese momento tiene treinta y un años, y Campmany, con veinticuatro años recién cumplidos. Recordemos que la Asociación Cultural Iberoamericana era un instrumento de difusión cultural de aquellos años cuarenta, de los pocos que había en la ciudad, que dirigía Adolfo Muñoz Alonso. Sin duda, los dos discípulos del singular filósofo, Jiménez y Campmany, hicieron los honores a Gerardo Diego, y vestidos con trajes de verano (era el 4 de junio) se retrataron en la puerta de la catedral, en la Plaza de la Cruz.

Pero el soneto que nos ocupa es bastante anterior, por lo menos de 1941, ya que estaba destinado al libro *El ambito del lirio*. Francisco Cano Pato (Murcia, 1918-Murcia, 1977) fue uno de los poetas más significativos del grupo *Azarbe*, al que pertenecieron poetas representativos de la Murcia de entonces: Juan García Abellán, Jaime Campmany, Salvador Jiménez, Gonzalo Sobejano, y otros muchos, que formaron sin duda la promoción poética más interesante que se inicia en la primera posguerra en Murcia. Cano Pato se dio a conocer al obtener en 1942 el Premio "Polo de Medina", que concedía entonces la extinta Excelentísima Diputación Provincial de Murcia, el galardón más codiciado por los poetas de aquellos años, con su libro *El ambito del lirio*, que, al publicarse, prologaría con este precioso poema el gran poeta Gerardo Diego. En vida sólo publicó dos obras: la citada, *El ambito del lirio* (1943), compuesta de dos partes, tituladas *Voces enamoradas* (1942) y *Transito* (1941); y su segundo libro, al que le dio el título de *Imagen y verso* (1948), que apreció en la colección de *Azarbe*<sup>10</sup>. A su muerte se reunieron en un solo volumen estos dos libros y el que dejó el poeta preparado para su publicación, *La palabra encendida* (1977)<sup>11</sup>, junto a una serie de poemas sueltos bajo las denominaciones de "sonetos" y de "varia" en un volumen de *Poesias completas*, que recibió el título general del último libro *La palabra encendida*. Prologaría este valioso conjunto el Profesor Mariano Baquero Goyanes, quien señala que "tal fue la *palabra encendida* de Cano Pato, el instrumento del que dispuso siempre para sentirse en pugna con la *palabra inutil* del mundo, y a la vez, reconciliado con la belleza de éste. Esa *palabra encendida* le permitió esforzarse en *trascender* cuanto le rodeaba para llegar al mágico *ambito del lirio*, a los dominios del mundo trascendido, al recinto de la poesía."<sup>12</sup>

Sobre el famoso soneto y su ejecución por Gerardo Diego, así como el intermediario que propició su publicación, hay otro testimonio, olvidado, que aporta datos muy interesantes, del novelista murciano Manuel Fernández-Delgado Marín-Baldo, titulado, divertidamente, "Corte y confiteor", que reproducimos en su totali-

<sup>10</sup> Francisco Cano Pato, *Imagen y verso*, *Azarbe*, 13, Murcia, 1948. Ver *Azarbe (1946-1948)*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 2005.

<sup>11</sup> Francisco Cano Pato, *La palabra encendida. Poesias completas*, edición de Mariano Baquero Goyanes, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1977.

<sup>12</sup> Mariano Baquero Goyanes, p. 15.



dad. Es un texto escrito para un homenaje a *Verso y Prosa*, en 1977, con motivo del cincuentenario de la revista<sup>13</sup>:

“Esta es la segunda vez –y para mayor gravedad, *coram populo*– que tengo que avergonzarme de no haber leído a su tiempo *Verso y Prosa*. La primera fue memorable y su rememoración va a permitir que me entre –no que me salga– por la tangente.

Pero, entremedias, permítaseme una breve información exculpatoria. Porque, como ha dicho recientemente el Prof. Tierno Galván, hay para casi todo un *consensus*, insoslayable también en esto de la literatura. *Mea culpa*, desde luego, pero acéptense, al menos, las atenuantes. Cuando dejó de publicarse *Verso y Prosa*, yo acababa de estrenar mis dieciséis años, y aún no tenía contacto con ninguna tertulia o cenáculo literario. Era ya, es cierto –y en eso no he variado–, un francotirador de la literatura local, pero, limitado a mis propios medios, aún no había llegado en poesía a la Generación del 27. Creo que los primeros versos de esa todavía innominada Generación se los oí recitar en el otoño de 1930 a quien, ya *divo* con todas sus consecuencias después de nuestra guerra, dudo que volviera a recitarlos en público. Para uno exclusivamente de estudiantes, en un aula con gradería de la Universidad Central, González Marín tuvo que repetir, tras una clamorosa ovación, el lorquiano “Romance de la casada infiel”. De nuevo en Murcia, años más tarde, y quizá el mismo en que fue publicada –1934–, descubrí en la biblioteca del Círculo de Bellas Artes –¿cuándo otra exposición evocadora, querido Manolo?– la antología de *Poesía Española. Contemporáneos* de Gerardo Diego y, con ella, a los poetas del 27. (Entonces, sin mentor, y digo esto porque la de *Poesía Francesa Moderna* –precursores, parnasianos, simbolistas– fue el pintor Joaquín quien la sacó del estante para leerme extasiado aquello de Mallarmé: “Yo quise ser un tiempo, duquesa, más que un vate – el Hebeo pintado en tu tacita enana...”). La Antología de Gerardo Diego constituyó, para mí y los compañeros de “piña” amistosa, un auténtico camino de Damasco. En adelante, íbamos a sentir acerca de los poetas del 27 la ardiente fe de los conversos y el fanatismo de los afiliados por convicción a una secta o partido... Pasan más años todavía. A la guerra sucede la Posguerra –y ya estamos llegando a la anécdota, al “corte”...

La Diputación convoca su primer concurso de premios. El de poesía –a medias con Dictinio del Castillo Elejabeytia– es para Paco Cano. Este le pide un prólogo a don José Ballester, quien –siempre modesto y generoso– lo consigue, en forma de soneto, para el libro de Paco *El ámbito del lirio*. Poco después tenemos en Murcia al propio Gerardo Diego en persona, parece que como jurado en un concurso de “Coros y Danzas”. Paco Cano me llama en su auxilio y así nos reunimos tres tímidos: él, Gerardo Diego y yo (en ciertos momentos, se amplía hasta el cuarteto con la presencia de Ballester). Presumible y temible coyuntura: una pareja de novatos frente al consagrado. ¡Qué esfuerzos inauditos para brindarle, al menos, un

<sup>13</sup> Manuel Fernández-Delgado Marín-Baldo, “Corte y confiteor”, A “*Verso y Prosa*”, Chys Galería de Arte, Murcia, 1957, s. p.





tema y dejarle en el uso de la palabra, rodeado de un silencio tenso y admirativo! En esta situación, paseo por el Malecón a la luz de la luna, aperitivo junto al ventanal de un café de Trapería, visita a casa de Paco, donde sus padres, con más mundo, consiguen dar un tono de naturalidad al diálogo y Gerardo Diego accede a tocar – muy bien– al piano ya no me acuerdo que... Y –antes, casi seguro, de esta visita–, café de sobremesa en el Casino, con el valioso refuerzo de Ballester. Se habla lógicamente de literatura. Por ejemplo, del busilis de un título de Unamuno: *La agonía del cristianismo*. Me atrevo a recordar, sin demasiado éxito convincente, la etimología. Se habla también de Valle-Inclán y de lo bárbaro que es a veces, no ya en las *Comedias Bárbaras*, sino hasta en algún detalle de las *Sonatas*... Y le llega el turno a la poesía contemporánea. Entonces, voy yo, tan pancho, satisfecho de poder decir algo amable y oportuno de todo corazón y sin hacer la pelota, y le declaro al autor:

– Su Antología fue para nosotros un descubrimiento...

Y don Gerardo, con su rostro inescrutable, correctísimo, acaso por modestia, responde:

– Pues realmente aquí, en Murcia, todo eso lo había ya descubierto *Verso y Prosa*...

¡Qué corte, como dicen ahora los jóvenes con la más rigurosa propiedad semántica! Me quedé tan cortado, que ni se me pasó por las mientes alegar lo de mis dieciséis años y demás que apunté al principio.

Ahora estoy esperando ansioso la edición facsímil para –más vale tarde que nunca– redimirme al cabo de este sentimiento de culpabilidad que me acompaña desde los años cuarenta”.

Se pueden, por lo tanto, confirmar algunos datos más sobre el soneto y las vistas de Gerardo Diego. En primer lugar, que el intermediario fue, como era lógico, José Ballester, que fue quien consiguió el soneto para el libro de Cano Pato. De la relación de Ballester con los poetas del 27 poco hay que añadir a lo ya investigado<sup>14</sup>. Desde luego, hay que recordar que Gerardo Diego sería uno de los pocos poetas de su generación que colaboró en la revista *Sudeste*<sup>15</sup>, dirigida por Ballester entre otros, en la década de los treinta, además de gestor del *Suplemento Literario de La Verdad*<sup>16</sup>, con Juan Guerrero Ruiz, en la década anterior, periódico en el que

<sup>14</sup> Francisco Javier Díez de Revenga, *Revistas murcianas relacionadas con la generación del 27*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1979. Francisco Javier Díez de Revenga, “La sensibilidad estética de José Ballester”, *Monteagudo*, 63, 1978, pp. 47-52. Francisco Javier Díez de Revenga, “Los versos y los días levantinos de Jorge Guillén (Notas al epistolario inédito Jorge Guillén-José Ballester)”, *International Symposium on Literatura de Levante*, University of Kentucky, Lexington, 1992. (Publicado en *Literatura de Levante*, Fundación Cultural CAM, Alicante, 1993, pp. 73-91.) Francisco Javier Díez de Revenga, “Otoño en la ciudad de José Ballester y la novela lírica”, *Murgetana*, 112, 2005, pp. 195-205.

<sup>15</sup> *Sudeste. Cuaderno murciano de literatura universal (1930-1931)*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1992.

<sup>16</sup> *Suplemento Literario de “La Verdad” (1923-1926)*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1990.



colaboró también asiduamente, como luego lo haría en *Verso y Prosa*<sup>17</sup>. Y un nuevo dato, que queda por investigar: la presencia en Murcia, en los primeros años cuarenta, para participar en un jurado de Coros y Danzas, de Gerardo Diego. De aquella estancia en Murcia, ya tenemos, por el texto transcrito, algún testimonio curioso, como la visita del poeta de Santander, con recital de piano incluido, a la casa de los Cano Pato.

Respecto a “Augurio”, hay que señalar en primer lugar, que constituye una exaltación de la torre de la catedral de Murcia puesta en relación muy acertadamente con el cultivo de la seda, industria tradicional murciana, que debió seducir a Gerardo Diego en alguna de sus visitas, y que, desde luego, inspiró parte del soneto. Pero, como no podía ser de otro modo en Gerardo Diego, el recuerdo de otro soneto, éste del Siglo de Oro, forjó parte de la inspiración del poema contemporáneo. Y no dudó en reproducir entre comillas parte del texto del soneto áureo recordado, la frase “hilarás tu memoria”, tomada aunque no literalmente de este soneto de Góngora que también tiene que ver con el cultivo de la seda, soneto de 1593, dedicado “A don Cristóbal de Mora”:

Árbol de cuyos ramos fortunados  
 las nobles moras son quinas reales,  
 tenidas en la sangre de leales  
 capitanes, no amantes desdichados;  
 en los campos del Tajo más dorados  
 y que más privilegian sus cristales,  
 a par de las sublimes palmas sales,  
 y más que los laureles levantados.  
 Gusano, de tus hojas me alimentes,  
 pajarillo, sosténganme tus ramas  
 y ampáreme tu sombra, peregrino.  
 Hilaré tu memoria entre las gentes,  
 cantaré enmudeciendo ajenas famas,  
 votaré a tu templo mi camino.

Según anota cuidadosamente Biruté Ciplijauskaitė<sup>18</sup>, “es el primer soneto cortesano de Góngora”, y añade que, según Salcedo Coronel, “entre todos los sonetos de Don Luis, ninguno hallo más digno de alabanza que éste”. Transcribe también la opinión de Robert Jammes, quien sugiere que probablemente lo entregó al Marqués durante su estancia en Madrid en 1593. “Construido sobre la metáfora de un moral: juego parecido al de laurel (Laura) de Petrarca, y ‘tasso’”. “El moral o la morera,

<sup>17</sup> *Verso y Prosa (Boletín de la joven literatura) (Murcia, 1927- 1928)*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Chys Galería de Arte, Murcia, 1976.

<sup>18</sup> Luis de Góngora, *Sonetos*, edición de Biruté Ciplijauskaitė, Castalia, Madrid, 1968, pp. 53-54.





árbol de cuyas hojas se alimentan los gusanos de seda representaría simbólicamente el apellido del tal don Cristóbal de Mora que era de proveniencia portuguesa y , por ello, se alude a las armas del reino de Portugal que representan cinco escudos azules puestos en cruz, llamados quinas reales". Los amantes desdichados son, según Ciplijauskaité, Píramo y Tisbe, "cuya muerte hizo que las moras adquirieran color morado, y contraponiéndola a la muerte heroica en el campo de batalla". Según Salcedo Coronel, en el verso 5, se alude a Lisboa, donde los Mora tenían su casa y la referencia *dorados* es alusiva al oro que lleva el Tajo. Quedan claras las consiguientes referencias a las palmas y a los laureles. Y, a partir del verso 9, comparece el cultivo de la seda, con la presencia de los gusanos de seda que se alimentan de hojas del moral; según Salcedo Coronel, es, además, símbolo de la prudencia. Por supuesto, la alusión más directamente relacionada con el soneto contemporáneo figura en los versos 12-14, explicados así por Ciplijauskaité: "Como el gusano de seda, hilará ricas alabanzas con qué vestirle; cantará superando la voz que alaba a otros; irá a venerarle como peregrino".

El soneto de Gerardo Diego adopta, junto al motivo tradicional del "carpe diem" ("goza del Segura"), una invitación a gozar de la naturaleza mudable y efímera, pero llena de hermosura exaltada en diferentes horas del día (mañana, tarde y noche), junto al río Segura. Al mismo tiempo transmite un trasfondo moral y diáctico ("aprende, amigo") en forma de aviso, para asegurar que solo la memoria hará permanente ese instante y lo eternizará hasta el filo de la muerte. Posiblemente, Gerardo Diego pudo recordar el poema de Polo de Medina "Ocios de la soledad", invitación a gozar de la naturaleza huertana y del río Segura, en el que el poeta Jacinto invita a su amigo Liseno a disfrutar del campo en un extenso poema, que termina con una muy barroca y bella alusión a hacer este retiro y gozar del río Segura:

A tanta majestad de arquitectura  
a tanta reina y a grandeza tanta  
con labios de cristal besa la planta  
retórico el Segura,  
pues antes de llegar, por veinte gradas  
bachilleres gradúa sus cristales,  
presas de tantos siglos aprobadas,  
grave inmortalidad de los romanos,  
enteros pedernales,  
al curso del cristal contradicciones,  
que descendiendo va por escalones  
y, rizando al bajar su hermosa greña,  
precipicio de plata, se despeña,  
y exaltando los cielos soberanos  
llega a ser pez en él cualquier estrella,  
y diluvio del aire, sus espumas  
bellas anegan animadas plumas.



Que tal como anotaba José María de Cossío, parece transcripción poética de esta descripción de Cascales en sus *Discursos Históricas*: “Este río Segura, un cuarto de legua antes de que entre en la vega de Murcia, tiene una grande pieza de piedra y cal, la mayor y más costosa que hay en España, porque está atajado de sierra a sierra más de 250 varas de largo, hasta venirse a abrazar la sierra y ceñir el río; por la parte de abajo y cimientos de él tiene ciento cincuenta varas de pie, desde donde suben unas gradas, a modo de escalera, a la parte de arriba en que remata con una mesa y plano de 18 palmos de ancho, la cual tiene de alto 40 palmos, con que se ataja toda el agua de dicho río y se reparte en dos acequias muy grandes que le sorben la mitad del agua...”. A esta presa, que aún hoy se conserva y cumple la misma función descrita por Cascales, se le denomina “Contraparada”<sup>19</sup>.

Sin duda, Gerardo Diego estaba totalmente inmerso en el ambiente murciano que este soneto trata de transmitir. Y quizá la prueba mayor de esta implicación sea el término *tartana*, que figura en el primer verso. Según las cuatro acepciones que da el DRAE, *tartana* es, respectivamente, *embarcación*, *carruaje*, *cosa vieja* y *red de pesca*, pero en ninguno de los casos alude a la acepción murciana de esta palabra, que podemos ver en los vocabularios del dialecto murciano de García Soriano y Alberto Sevilla. Según el primero se trata de “andana de zarzos cubiertos con ropas y retaleras, donde se cría el gusano de seda”<sup>20</sup> y, según el segundo, con argumentos de autoridad: “Zarzo con arquillos de caña para poner al sol los gusanos de seda cuando son pequeños. La *tartana* se cubre con mantas o cobertores para moderar los rayos solares”. “Sobre las sillas ha de tender los zarzos, los aros y las mantas con que ha de formar la *tartana*, estufa rudimentaria en la cual el gusano revive sin que le dañe el sol.” R. Amador de los Ríos, *Mur. y Alb.*, pág. 291. “Después de las dormidas limpian las *tartanas* de excrementos y hojas secas.” M. Ruiz-Funes, obr. cit., pág. 196<sup>21</sup>. Y finalmente, Diego Ruiz Marín, entre cuyas autoridades cita el soneto de Gerardo Diego que nos ocupa: “*tartana*. f. Zarzo de tamaño inferior al normal, con arquillos de uno a otro lado de su ancho, unidos por cañas paralelas a las del zarzo, que se cubren, formando arcada, con sábanas, lienzos o mantas retaleras, para sacar al sol los gusanos en los primeros días de crianza. El nombre se da por su parecido, en cuanto a la cubierta, con el carruaje llamado *tartana*, muy usado en la Huerta y Campo de Murcia”. Cita a Alberto Sevilla: “Zarzo con arquillos de caña para poner al sol los gusanos de seda cuando son pequeños. Se cubre con mantos o cobertores para moderar los rayos solares”. A Gerardo Diego: “Escucha amigo. Bulle la *tartana*, / crujen y verbenean verdes hojas / de las moreras y tuércense en congojas / hilos de plata de una seda anciana”. Y a Jaime Campmany: “Se iba a la Estación en *tartana* o, más propiamente, en galera, porque *tartanas*,

<sup>19</sup> Jacinto Polo de Medina, *Poesía. Hospital de incurables*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Letras Hispánicas, Cátedra, Madrid, 1987, pp. 205-206.

<sup>20</sup> Justo García Soriano. *Vocabulario del dialecto murciano*, Editora Regional de Murcia, Murcia, 1980, s. v.

<sup>21</sup> Alberto Sevilla, *Vocabulario murciano*, Novograf, Murcia, 1990, s. v.



entonces, eran también los zarzos de caña cubiertos de ropa donde criaba el gusano de seda". (J. Campmany. *El callejón del gato*. p. 171.)<sup>22</sup>.

Son otros muchos los componentes del poema que reflejan su relación con Murcia, con su ambiente, con sus labores y costumbres, desde el sonido de los gusanos desenvolviéndose entre las hojas de la morera, y certeramente reflejado además de con el verbo *bulle* con *verbenean* (que el DRAE define como "gusanear, hormiguar, bullir", con raíz etimológica en anticuado *vierben*, que significa *gusano*), hasta la sana costumbre de subir a la torre de la Catedral y contemplar desde allí la lejanía del paisaje, con acertada síntesis metafórica, "en círculos de lumbre y de verdura". Mientras el tiempo, desde arriba, transcurre y fluye, será la memoria, "murcianamente" esquiva (como, por fin, consagra el poeta, con adverbio tan singular, la relación de su poema con la ciudad del Segura), la que hará permanecer eternamente en la palabra poética el gozo y la distensión del panorama desde la torre. Por encima del tiempo, la poesía se mantiene con sus palabras hasta el mismo final. Y, como era lógico y esperable, el poema de Gerardo Diego dialoga con la poesía del joven Cano Pato, que en un poema inicial, "Bajo un dintel de acacias floreciente", asegura, en uno de sus tercetos<sup>23</sup>:

Viviste aquel instante como mora  
toda una eternidad el pensamiento  
que en el alma del verso se atesora.

Versos en los que Baquero Goyanes encontraba una "significativa identificación" entre eternidad y poesía, "válida para la *poética* del autor"<sup>24</sup>. Los versos de Gerardo Diego fueron, por tanto el pórtico adecuado para un libro al que el poeta de Santander pronosticaba o profetizaba permanencia y eternidad. Tal es el "augurio" que proclamó, para su joven amigo, desde lo alto de la torre de la Catedral, desde el mismo lugar en que otro poeta del 27, Jorge Guillén, unos años antes, evocó en una indeleble décima la visión total, desde la torre, aunque más detenida en las calles inmediatas que en el campo y la huerta como hace Gerardo Diego. El primer *Cántico*, de 1928, ya recogía esta décima, "Panorama", fechada el 2 de noviembre de 1926, publicada por primera vez en el número 1 de *Verso y Prosa*, en enero de 1927, y escrita, al parecer, en lo alto de la catedral, en una visita con un grupo de amigos<sup>25</sup>:

El caserío se entiende  
Con el reloj de la torre  
Para que ni el viento enmiende

<sup>22</sup> Diego Ruiz Marín, *Vocabulario de las hablas murcianas*, Región de Murcia, Murcia, 2000, s. v.

<sup>23</sup> Francisco Cano Pato, *La palabra encendida*, p. 43.

<sup>24</sup> Mariano Baquero Goyanes, p. 11.

<sup>25</sup> Jorge Guillén, *Cántico*, edición de José Manuel Bleuca, Labor, Barcelona, 1970. Los datos de fechas proceden de las enjundiosas notas del profesor Bleuca a esta edición de *Cántico*, de 1936, pp. 183-184.



Ni la luz del viento borre  
La claridad del sistema  
Que su panorama extrema:  
¡Transeúntes diminutos  
Ciñen su azar a la traza  
Que con sus rectas enlaza  
Las calles a los minutos!





Salvador Jiménez, Gerardo Diego y Jaime Campmany  
Murcia, Plaza de la Cruz, 4 de junio de 1949

